Jeromín

• 10 • céntimos

AÑO III — Revista para los jóvenes — MADRID — NUM. 100

Premio extraordinario y Medalla de oro en el Congreso Nacional Catequístico de Zaragoza.

Hemos llegado al número 100 y a la mayor tirada entre las revistas infantiles

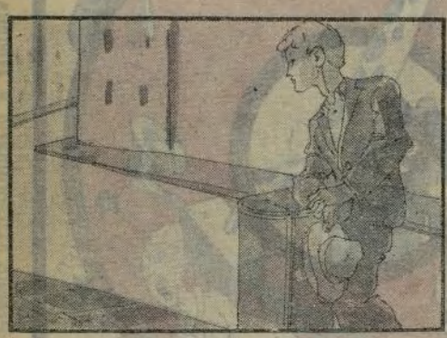
Ayuntamiento de Madrid

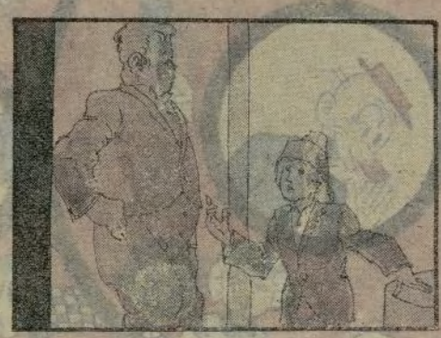
DE LOS APENINOS Á LOS ANDES

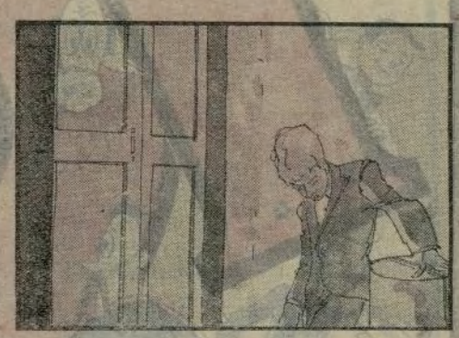
CONTINUACIÓN

por medio de largas islas, antiguos nidos de serpientes, de tigres, cubiertas de árboles frondosos, semejantes a bosques flotantes, y ora se deslizaban entre estrechos canales, de los cuales parecía no podía salir, ora desembocaba en vastas extensiones de agua que semejaban grandes lagos tranquilos; después, saliendo de entre las islas por los canales intrincados de un archipiélago, llegaba a sitios rodeados de montones inmensos de vegetación. Reinaba profundo silencio. En largos trechos las orillas y las aguas solitarias y vastísimas evocaban la imagen de un río desconocido, que aquel pobre barco de vela era el primero en el mundo que se aventuraba a surcar. Mientras más avanzaban, tanto más aumentaba aquel inmenso río. Pensaba que su madre se encontraba a una gran distancia y que la navegación debía durar años todavía. Dos veces al día comía un poco de pan y de carne en conserva con los marineros, los cuales, viéndole triste, no le dirigían nunca la palabra. Por la noche dormía sobre cubierta, y se despertaba a cada instante bruscamente, admirando la luz clarísima de la luna, que blanqueaba las inmensas y lejanas orillas; entonces el corazón se le oprimía. —¡Córdoba!—repetía este nombre: «Córdoba», como el de una de aquellas ciudades misteriosas de las que había oído hablar en las leyendas. Pero después pensaba: —Mi madre ha pasado por aquí; ha visto estas islas, aquellas orillas—y entonces no le parecían ya tan raros y solitarios aquellos lugares en los cuales se había fijado la mirada de su madre... Por la noche alguno de los marineros cantaba. Aquella voz le recordaba las canciones de su madre cuando le adormecía de niño. La última noche, al oír aquel canto, sollozó. El marinero se interrumpió. Después le gritó: —¡Animo, chico, valor! ¡Qué diablo! ¡Un genovés que llora por estar lejos de su casa! ¡Los genoveses atraviesan to-

do el mundo tan contentos como orgullosos! Aquellas palabras le hicieron experimentar una sacudida: oyó la voz de la sangre genovesa, que corría por sus venas, y levantó la frente con orgullo, dando un golpe en el timón. —Bien—dijo entre sí—; también daré yo la vuelta al mundo; viajaré años y años; andaré a pie centenares de leguas; seguiré adelante hasta que encuentre a mi madre. Llegaré, aunque sea moribundo, para caer muerto a sus pies. ¡Con tal que vuelva a verla una sola vez! ¡Animo!... Y con estos bríos llegó, al clarear una fría y hermosa mañana, frente a la ciudad de Rosario, situada en la ribera del Paraná, reflejándose en las aguas los palos y banderas de mil barcos de todos los países. Poco después de desembarcado, subió a la ciudad con su cofre al hombro, buscando a un señor argentino, para el cual su protector de Boca le había dado una tarjeta con algunas líneas de recomendación. Al entrar en Rosario le pareció que se encontraba en una ciudad ya conocida. Aquellas calles eran interminables, rectas, flanqueadas de casas blancas y bajas, atravesadas en todas direcciones, por encima de los tejados, por espesas fajas de hilos telegráficos y telefónicos, que parecían inmensas telarañas, y oyéndose gran ruido de gente, caballos y carruajes. La cabeza se le iba: casi creía que volvía a entrar en Buenos Aires y que iba otra vez a buscar a su tío. Anduvo cerca de una hora de aquí para allá, dando vueltas y revueltas, y pareciéndole que volvía siempre a la misma calle; y a fuerza de tantas preguntas encontró al fin la casa de su nuevo protector. Llamó a la campanilla. Se asomó a la puerta un hombre grueso, rubio, áspero, que tenía el aire de corredor de comercio, y que le preguntó fríamente, con pronunciación extranjera: —¿Qué quieres? El muchacho dijo el nombre del patrón. —El patrón—respondió el corredor—ha salido

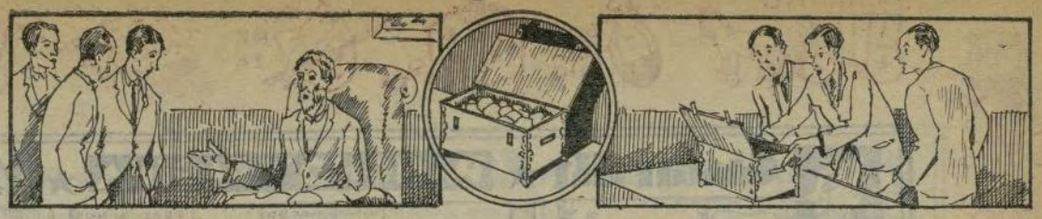






anoche para Buenos Aires, con toda su familia. El muchacho se quedó paralizado. Después balbuceó: —Pero yo... no tengo a nadie aquí... ¡soy solo!—; y le dió una tarjeta. El corredor la tomó, la leyó y dijo con mal humor: —No sé que hacer. Ya le diré dentro de un mes, cuando vuelva... —¡Pero yo estoy solo! ¡Estoy necesitado! —exclamó el chico con voz suplicante. —¡Eh, anda!—dijo el otro—; ¿no hay ya bastantes pordioseros de tu país en Rosario? Vete a pedir limosna a Italia. Y le dió con la puerta en las narices. El muchacho se quedó petrificado. Después tomó con desaliento su baúl y salió con el corazón angustiado, con la cabeza hecha una bomba y asaltado de un cúmulo de pensamientos desagradables. ¡Qué hacer! ¿A dónde ir? De Rosario a Córdoba hay un día de viaje en ferrocarril. Le quedaban ya muy pocas pesetas. Deduciendo las que habría de gastar aquel día, no le quedaba casi nada. ¿Dónde encontrar dinero para pagarse el viaje? ¡Podía trabajar! Pero ¡cómo! ¿A quién pedir trabajo? ¡Pedir limosna! ¡Ah, no! ¡Ser arrojado, insultado, humillado como hace poco, no, nunca, jamás; antes morir! Y ante aquella idea, al ver otra vez delante de sí la inmensa calle que se perdía a lo lejos en la interminable llanura, sintió que le faltaban otra vez las fuerzas, echó a tierra el cofre, se sentó en él, apoyando la espalda contra la pared, y se cubrió la cara con las manos, sin llorar, en actitud desconsoladora. La gente le tocaba con los pies al pasar; los carruajes hacían ruido por la calle; algunos muchachos se paraban para mirarlo. Estuvo así buen rato. De su letargo le sacó una voz

Ayuntamiento de Madrid



LA INGRATITUD DE LOS HIJOS PARA CON SUS PADRES ES PECADO HORRENDO

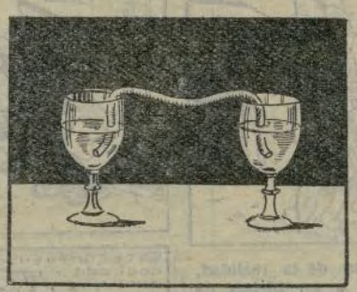
Hay hijos tan malos que se olvidan de los beneficios que deben a sus padres, y corresponden a tales beneficios con ingratitudes. Cuentan de un padre que repartió todos sus bienes entre sus hijos, con la obligación de que lo atendiesen en su ancianidad; pero los hijos, una vez en posesión de los bienes del padre, lo dejaron abandonado. El pobre padre sufrió mucho al ver tanta ingratitud. Mas ocurrió que un sujeto, a quien había prestado una gran cantidad, que tenía ya como perdida, se la pagó. Al saberlo los hijos empezaron a haalgarle y a darle buen trato, con el fin de que les diese el dinero. Pero el padre lo guardó en una caja de hierro. Los hijos no tuvieron más remedio que esperar a que el padre muriese para repartirse la cuantiosa suma. Pero, antes de morir, el padre donó todo el dinero a un Hospicio, y, llenando la caja de piedras, puso entre éstas un papelito que decía: «La ingratitud convierte el oro en piedra. Dios es justiciero y castiga así la maldad de los hijos.» Aprended la lección, amiguitos de JEROMÍN.

JUEGOS DE NIÑOS

EL TIRO DE LA CUERDA

Es este un juego fácil, divertido y de mucho ejercicio. Consiste en hacer en el suelo dos rayas paralelas, distante una de otra cinco o más metros; sobre las rayas se tiende una soga larga. Entre varios niños se forman dos grupos, procurando que estén equilibrados en fuerza. Cada grupo se coge a un extremo de la soga y, a la señal de los jefes, que se sitúan al frente de los grupos, pero sin agarrar de la soga, comienzan a tirar, con el fin de hacer pasar al contrario las rayas.

Cada vez que un grupo las atraviesa, el contrario gana un tanto. El número de tantos pueden elegirle a capricho. Los jefes dirigen el juego, dando las señales para comenzar a tirar, y determinando cuando se ha ganado tanto. Para no rozarse las manos, conviene agarrarse a la soga poniendo entre ésta y las manos el pañuelo.



RECREOS CIENTÍFICOS

PASAR EL AGUA DE UNA COPA A OTRA

Para lograrlo, mediante el sifón, basta introducir en cada copa los extremos del sifón lleno de agua o del líquido que contengan las copas; hecho esto basta levantar la copa que se quiera vaciar a un nivel más alto que la otra y, en seguida, el líquido que contiene pasará, mediante el sifón, a la otra copa. Así puede hacerse pasar el vino de una cuba o una tinaja a otra que esté más baja. Alguna vez será dificultoso introducir en la vasija que se quiere vaciar el extremo del sifón lleno de líquido sin que se vierta; esto es fácil de solucionar, cuando se trata de un sifón corto: basta introducir un extremo del sifón vacío en el líquido que se desea trasvasar y aspirar el aire por el otro, para que se llene el sifón y se ponga, así, en condiciones de funcionar.

ESPAÑA MONUMENTAL, ARTISTICA Y REGIONAL

1.° Detalle del claustro de Silos.—2.° «La coronación de la Virgen», de Velázquez.—3.° Baleares: Escudo y traje regional.

Ayuntamiento de Madrid

Cascarilla ★ PANCHO Y FARINA ★ Maravillosa Hiria de Jeromin ★ MIKI, MICI Y MIAU ★ Repollo

—En la película de hoy harás el papel de un explorador en el Polo Norte que cae prisionero.

Para dar sensación de la realidad, Cascarilla es atado a un bloque de hielo.

—¡Qué frío, caracoles!—dice Cascarilla—; me acercaré disimuladamente al brasero.

Pero, con el calor, el bloque de hielo se derrite y... ocasiona una imprevista y trágica escena...

Cascarilla, no se si por temor a las consecuencias o por entrar en calor, puso tierra por medio.

JEROMIN y Luisita han ido al Retiro para pasar la tarde y, como hace frío, con el fin de calentar el estómago han comprado unas patatas asadas muy calentitas. ¡Qué ricas! Gozosos, y saboreando

acuerdo para quitar a JEROMIN las patatas calentitas; el «Mantecas» fué el encargado de dar el asalto; pero lo hizo con tal precipitación que empujó a «Colilla» haciéndole caer en el estanque.

preciso instante en que «Mantecas» pasaba sobre la escalera, JEROMIN la levantó por un extremo; lo enredaron al «Mantecas» los pies en los pelda-ños, perdió el equilibrio y fué a caer, rodando,

de antemano la golosina, se dirigieron al estanque, cuando fueron descubiertos por «Mantecas» y «Colilla» que también habían ido al Retiro en busca de aventuras. Al punto los dos golfos se pusieron de

huir el «Mantecas», después de apoderarse de las patatas, tuvo que pasar por encima de una escalera que había tendida a la orilla del estanque, y JEROMIN que le perseguía tuvo una idea feliz; en el

estanque, donde su compañero «Colilla», indignado por el baño de impresión que estaba tomando, le recibió no muy cariñosamente. JEROMIN y Luisita contemplaban la escena, llenos de regocijo.

—De hoy no pasa; voy a saldar la cuenta que tengo con Severo. La liquidaré con este «recibito».

Ya se acerca. Pobrecillo. Voy a dormirme dándole garrotazos en el melón que tiene por cabeza.

—¡Ea! Ya está en puertas; calculemos bien para que la cuenta no salga fallida.

—Porque a lo mejor me toca a mi pagaría. ¡A la una!... ¡A las dos!... ¡A las tres!...

—¡Mi madre! ¡Ha resultado sustraída mi nariz! ¡¡Pero que mala pata tengo para ajustar cuentas!!

CAIN Y ABEL-CHICOS DE HOTEL ★ TERESA-NIÑA TRAVIESA

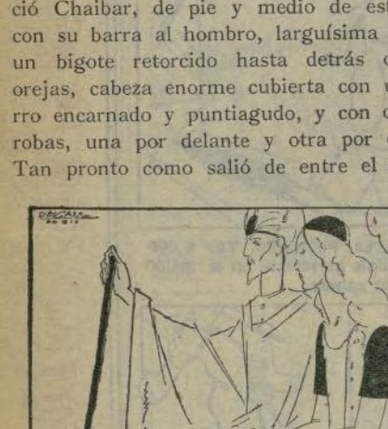
Nº 100

Ayuntamiento de Madrid

HISTORIA DEL PRINCIPE AMED Y DE LA HADA

(Conclusión.)

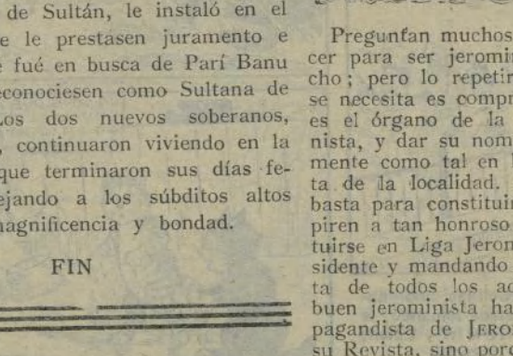
aflijáis, mi querido Príncipe; el hombre que se desea es mi hermano Chaibar, que tiene las condiciones exigidas por vuestro padre, y que, lejos de parecerse a mí, tiene un genio tan irascible, que mata inmediatamente a la persona que le ofende; mas en el fondo es muy bueno y servicial.» Mandó luego Parí Banu que trajesen un braserillo de oro con fuego y una caja del mismo metal; sacó de la caja un perfume que arrojó al fuego, y se levantó una densa humareda, en medio de la cual apareció Chaibar, de pie y medio de estatura, con su barra al hombro, larguísima barba, un bigote retorcido hasta detrás de las orejas, cabeza enorme cubierta con un gorro encarnado y puntiagudo, y con dos jorobas, una por delante y otra por detrás. Tan pronto como salió de entre el humo,



miró al Príncipe con ojos sanguinolentos y preguntó a su hermana: «¿Quién es ese hombre?» «Mi esposo—respondió ella—; se llama Amed y es hijo del Sultán de las Indias; en su nombre me he tomado la libertad de llamarte.» «Hermana mía—dijo el enano con tono dulce y complaciente—, basta que sea tu esposo para que yo le sirva como esclavo.» «Deseo que le acompañes a la capital de las Indias, pues el Sultán desea conocerte.» La Princesa refirió a su hermano todo lo que entre padre e hijo había sucedido, por lo cual el enano se puso a las órdenes de Amed, y los dos salieron al día siguiente camino de la capital de las Indias. Los habitantes se aterrorizaron de tal modo a la vista de Chaibar, que huían despavoridos. Nuestros viajeros hallaron desiertas todas las calles y plazas, y siguieron hasta el palacio del Sultán, encontrando allí al monarca rodeado de sus nobles y celebrando consejo. Todos quedaron atónitos al ver que Chaibar atravesó el salón con la cabeza erguida, y dirigiéndose al Sultán le dijo con voz de trueno: «Has deseado verme y ya estoy aquí; ¿qué es lo que quieres?» El Sultán, lleno de horror ante aquel monstruo, se tapó la cara con las manos y no se atrevió a decir palabra. Chaibar, ofendido por el silencio de todos y por el frío recibimiento que le dispensaban, levantó la barra de hierro, diciendo al Sultán: «Habla.» Dicho esto, le descargó tan terrible golpe en la cabeza, que lo dejó muerto en el acto, sin que el Príncipe pudiese evitar tan tremenda desgracia. A continuación fué el enano matando a los nobles que allí había y que eran los que más conspiraban contra el Príncipe Amed; pocos lograron escaparse de esta carnicería. Después salió Chaibar al patio y dijo al Gran Visir, que acompañaba al Príncipe: «En este palacio hay una maga que es la enemiga irreconciliable del Príncipe Amed, y deseo verla.» El Gran Visir fué en busca de la maga, que no tardó en aparecer. Apenas se presentó ante el enano, éste le dió muerte con su terrible bastón, al mismo tiempo que le decía, irritado: «Infame, aprende a fingirte enferma y a dar perniciosos consejos.» No contento Chaibar con lo que acababa de hacer, añadió que iba a matar a todos los habitantes de la ciudad y a no dejar piedra sobre piedra si no reconocían al Príncipe por Sultán de las Indias. Todos los que oyeron, amedrentados, estas terribles palabras, se apresuraron a salir por las calles, gritando: «¡Viva el Príncipe Amed!» Antes de media hora ya se habían congregado allí todos los ciudadanos, aclamando a Amed. Chaibar mandó que le vistiesen el traje de Sultán, le instaló en el trono, hizo que le prestasen juramento e inmediatamente fué en busca de Parí Banu para que la reconociesen como Sultana de las Indias. Los dos nuevos soberanos, desde entonces, continuaron viviendo en la capital hasta que terminaron sus días felizmente, y dejando a los súbditos altos ejemplos de magnificencia y bondad.

FIN

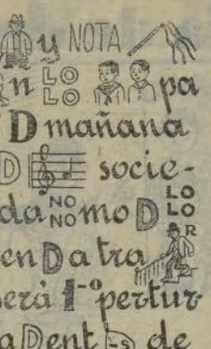
"el talento"



Una camelia orgullosa
dijo a una modesta rosa:
—¡Qué! ¿No envidias mi arrogancia?
Y contesta: —Eres hermosa,
mas no tienes mi fragancia.
La persona inmodesta
se expone a recibir esa respuesta.
Pues qué, ¿no se oscurece la hermosura
donde el talento con su luz fulgura?

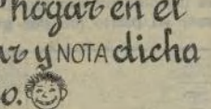
TEODORO GUERRERO.

DO



(Solución del número anterior.)

El trabajo ennoblece al hombre, le libra de vicios, le da paz y prosperidad y le asegura una vejez tranquila y dichosa. Todos los jerominstas deben distinguirse por su aplicación y laboriosidad; con ello se conquistarán un dichoso bienestar y contribuirán al engrandecimiento de nuestra querida España.



Preguntan muchos que qué es preciso hacer para ser jerominista. Ya lo hemos dicho; pero lo repetiremos. Lo primero que se necesita es comprar y leer JEROMÍN, que es el órgano de la Liga Nacional Jerominista, y dar su nombre para figurar oficialmente como tal en la Asociación jerominista de la localidad. Si no está constituída, basta para constituirla reunirse los que aspiren a tan honroso título y acordar constituirse en Liga Jerominista, nombrando presidente y mandando a esta Redacción la lista de todos los adheridos. Además, todo buen jerominista ha de ser incansable propagandista de JEROMÍN, no sólo porque es su Revista, sino porque es la mejor de cuantas se publican en España; para convencerse de esto basta compararla con las demás. Por fin, todo jerominista ha de esforzarse por hablar con corrección.

Grupo «jerominista» de Muro de Alcoy (Alicante).—Presidente, Antonio Vallés Richart; socios: Ramón Cortés Pérez, Ricardo Calatayud Calvo, Joaquín Alcaraz Lledó, José Jordá Cascaut, Joaquín Carbonell Nicolau, Joaquín Calvo Tomás, Ramón Cascant Cascaut, Vicente Lucas Palmer, Juan Senabre Jordá, José Carreres Galve, José Llopis Torregrosa, Juan Francés Jordá, Juan Semper Cascaut, Vicente Calatayud Calvo, Vicente Prats Sellés, Antonio Calatayud Calatayud y Ramón Cascaut Calatayud.

ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

Tras de dos si pones diez
me acertarás igual
que si a una simple decena
le anticiparas un par.

(La solución en el próximo.)

SOLUCION DEL NUMERO ANTERIOR

El papel, tinta y dedos.

Ayuntamiento de Madrid

La España Gloriosa

QUEVEDO

Entre tanto, la popularidad inmensa que había alcanzado el sublime poeta sublevó al servil rebaño de malos escritores, que, con toda la ceguera y maldad de la envidia, se propusieron causar su ruina, motejándole de glotón y borracho, de miserable avariento, de enemigo de frailes y aun de ateo, y pidiendo a la Inquisición que hiciese perecer en el patíbulo a un hombre semejante; pero la Inquisición no sólo respetó la vida del poeta, sino hasta sus obras, que se hicieron más populares y se vendían como pan bendito, pues España miraba a nuestro escritor como a su hijo predilecto.

Mas en los primeros días de diciembre de 1639, al sentarse a la mesa el conde-duque de Olivares, halló en la servilleta un *Memorial* en verso que enardecía los males públicos y solicitaba la medicina. Se supuso que lo había escrito Quevedo, y Olivares, creyéndose perdido, decretó el exterminio del poeta. Hallábase éste entregado al estudio, en la noche del 7 de diciembre de dicho año, cuando penetraron sigilosamente en su domicilio dos alcaldes de corte, le registraron, tomaron las llaves de su hacienda, y, sin permitirle tomar nada, ni aun la capa, aunque helaba horriblemente, le hicieron entrar en un coche cerrado y lo condujeron al puente de Toledo, donde esperaba una litera con famoso cortejo de alguaciles y corchetes. Sus guardianes, compadecidos, le hicieron la limosna de un ferreruelo de bayeta, dos camisas y dos calzas de paño y le llevaron al convento Real de San Marcos, extramuros de la ciudad de León. El pretexto de que se valió el conde-duque para consumar la ruina de Quevedo fué el de que estaba el satírico vendido a los franceses.

Olivares preguntó al preso, de un modo particular y amistoso, cuáles eran las suyas y cuáles no entre las sátiras que circulaban por la corte, y Quevedo señaló todos sus epigramas, por ofensivos que fuesen.

—Mas vuestra excelencia es cauto—añadió—, y no dirá al juez lo que yo dije al amigo.

Furioso el conde-duque, hizo que de un piso alto bajase el poeta a un oscuro y húmedo calabozo, abierto debajo de tierra y de un río, donde el gran escritor estuvo a punto de perecer de hambre y de frío. Además, abierta una pierna y, por la humedad, canceradas tres heridas, no tuvo cirujano, y hubo de cauterizarlas con sus propias manos.

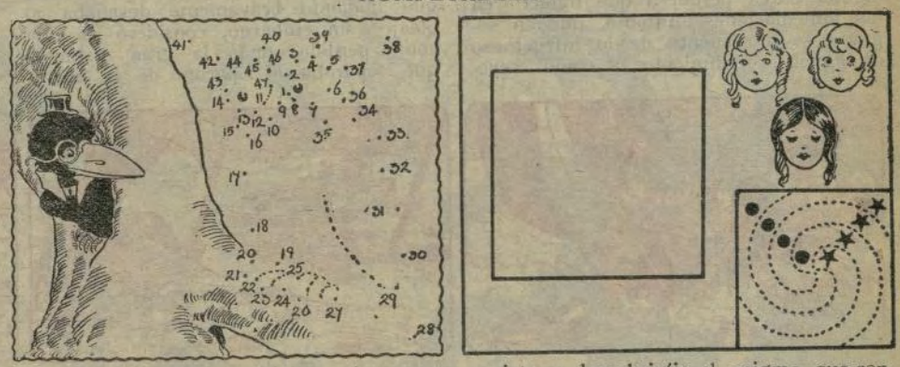
Cuatro años después caía el conde-duque de Olivares, y Felipe IV, a instancias del duque de Medinaceli, devolvía la libertad al anciano poeta.

Presa del desaliento y del cansancio, *doliéndole el habla y pesándole la sombra*, trasladóse Quevedo a la Torre de Juan Abad, con la esperanza de hallar algún alivio en aquel clima templado; pero un invierno tan riguroso como jamás se había conocido aumentó su dolencia, y, en busca de médicos y medicinas, se hizo trasladar a Villanueva de los Infantes, donde murió el 5 de septiembre de 1645.

«En la lucha—dice un biógrafo—contra las preocupaciones agotó Quevedo sus fuerzas, siendo ésta la causa de la amarga, despiadada y, a veces, poco decorosa sátira que salía de su pluma, y a la cual ha debido que por mucho tiempo se viera en él no más que un bufón. Así le considera todavía el vulgo, atribuyéndole todo chiste u ocurrencia liviana, lo que equivale a convertirle en una especie de personificación legendaria de la sátira; pero Quevedo fué grande en todo: en lo serio como en lo festivo, y en la sátira no aparece con mérito superior al de sus trabajos de moralista, filósofo y político.»

COLABORACION INFANTIL

ROMPECABEZAS



1.º Unid los puntos del uno al cuarenta y siete y descubriréis el enigma que contiene el dibujo.—2.º El cuadro en blanco es una alfombra que esos niños quieren dividir en tres partes iguales, de forma que cada parte sea un cuadro perfecto. ¿Lo conseguirán?—La solución en el próximo. El cuadrado pequeño es la solución del problema del número anterior.

CANTAR

I

La revista *Jeromín*
entretetiene a los chiquillos;
les da horas de placer,
y despierta a los dormidos.

II

Don Repollo y Cascarilla
le han pegado a don Churrete,
y don Severo, que se entera,
les ha puesto el bonete.

Justo Montero (*Perales del Puerto*).

JEROMIN, la revista para jóvenes más artística, amena e instructiva.

Con censura eclesiástica.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un ejemplar, 5,20 pesetas al año.

Por paquetes de cinco ejemplares en adelante, a razón de ocho céntimos ejemplar.—Número suelto, 10 céntimos. — Pagos adelantados.

Dirección y Administración: Calle Mayor, número 92, pral. izquierda. Madrid.

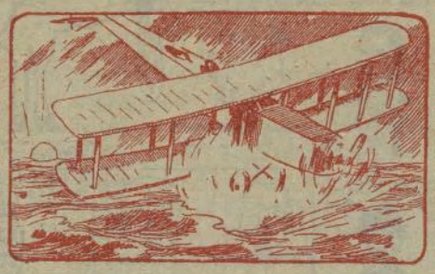
Teléfono 18.491.

Ayuntamiento de Madrid

NIÑOS HEROICOS

El niño aviador

(DE PUCK)



Vagaba el pequeño Antonio por los alrededores de un aeródromo, llevado de su afición por la aviación, cuando advirtió que, próximo a él, un aparato se disponía a emprender un vuelo. Viendo la ocasión propicia, pues tenía muchas ganas de volar, y aprovechando la circunstancia de que iba solo el piloto, echó a correr, y sin que aquél se diera cuenta, se «coló» en la cabina del observador. A poco rato de vuelo, Antonio se dió cuenta de que aquel aparato se dirigía a Francia, pues se había adentrado en el Canal de la Mancha. Ya hacía bastante rato que volaban sobre alta mar, cuanto Antonio comenzó a observar irregularidades en el motor, que le hicieron pensar en una probable avería; en efecto, el aparato comenzó a descender vertiginosamente, yendo a chocar con el mar. Ni qué decir tiene que el susto que se llevó nuestro héroe fué «morrocotudo», pues pensó que de aquélla no salía con vida. Una vez en el agua, el piloto, sobresaltado, saltó de la cabina a un ala del aparato, imitándole Antonio, que, como hemos dicho, estaba

muerto de miedo; el piloto, por su parte, no salía de su asombro al contemplar al polizón. Ambos comenzaron a dar grandes voces, pues ya estaban cerca de la costa francesa y podían ser oídos por alguna barca pesquera que hubiera en las inmediaciones. Antonio, que en seguida se dió cuenta de lo infructuoso de aquel procedimiento, y como creyera apercibir en lontananza un punto que muy bien pudiera ser una barca, se encomendó a Dios, y decididamente se lanzó al agua. Grande fué la sorpresa del piloto al ver el arrojo del muchacho, que nadando bravamente desafiaba al oleaje; sin embargo, consideró su vida como perdida, dada la gran distancia que separaba al aparato de la barca, sobre todo en el caso posible en que la barca llevara la misma dirección que el nadador; él, por su parte, se limitó a esperar los acontecimientos. Antonio, que confiaba en la Providencia, observó, con gran alegría, que la barca avanzaba en sentido contrario al suyo, por lo cual redobló sus esfuerzos, y a poco estaba en sitio donde podía ser oído por

los de la barca; entonces comenzó a proferir grandes voces, con lo que consiguió llamar la atención de sus ocupantes, que inmediatamente enfilaron para el náufrago. Poco después le arrojaban un salvavidas, al que Antonio, medio desmayado, se aferró con todas sus fuerzas; ya era tiempo, pues estaba a punto de sucumbir. Una vez en cubierta, expuso al patrón el accidente de que había sido víctima, e inmediatamente se dirigieron al lugar en que se hallaban los restos del aparato. Cuando llegaron, el aparato estaba ya casi hundido; unos minutos más, y hubiera sido tarde. De la barcaza se destacó un bote, tripulado por Antonio y un marinero, y se dirigieron al avión. Una vez cerca de él, Antonio arrojó un cable al piloto, que no podía nadar a causa de su equipo, y de esta manera quedó completo el salvamento. Una vez en la barca, el patrón les hizo comer caliente, mientras el piloto les volvía a narrar detalladamente la aventura. Al final, en agradecimiento a Antonio, pues le había salvado la vida, le prometió que así que llegaran a tierra le colocaría en el aeródromo y haría de él un experto piloto.

HISTORIA DE UN MOZALBETE APELLIDADO «CHURRETE» (Continuación.)

Todos los cazadores, incluso los que llevaban a Churrete, al oír el rugido del tigre, fueron presa de un pánico enorme; se les cayeron las armas de las manos y comenzaron a temblar como azogados. Churrete comenzó a arengarlos para darles ánimo, pero todo inútil. Los negritos, como niños que vieran el coco, comenzaron a llorar. (*Continuará.*)

Ayuntamiento de Madrid